

Quito, 20 de Febrero de 1887

Señorita Mercedes Roche—Bogotá

.....

Ultimamente hemos sabido la noticia de la muerte del señor don RICARDO CARRASQUILLA. Ya puedes figurarte cuánta impresión me ha hecho. Mucho debí yo á don RICARDO, uno de mis maestros en el Instituto de Cristo, que me infundió tan buenos sentimientos de piedad y devoción á la Santísima Virgen, lo que agrada lezco mucho más que la educación intelectual que nos daba.

Sin duda se le puede aplicar á boca llena aquel texto de la Sagrada Escritura: *Es preciosa en la presencia del Señor la muerte de sus santos*; y aquel otro: *Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor*.

Yo me figuro haber asistido á la muerte de don RICARDO, y me parece verlo con el semblante risueño en que se revela la tranquilidad de su conciencia, levantados los ojos al cielo, lleno de esperanza y diciendo con San Pablo: *He terminado mi carrera, he guardado la fe, he combatido como bueno; ya solamente me resta esperar la corona que me tiene preparada el Señor, como justo Juez*. Muy justas y merecidas son las manifestaciones de dolor de la sociedad de Bogotá por haber perdido uno de sus mayores ornamentos.

.....

JOSÉ MARÍA ROCHE
De la Compañía de Jesús

SOFISMAS ANTICATÓLICOS

VISTOS CON MICROSCOPIO

(Fragmentos)

A medida que se perfecciona el antejo se perfecciona la visión; luego el antejo ve.

A medida que se perfeccionan los órganos del cuerpo se ejercen mejor las facultades del alma; luego la materia piensa, quiere, siente.

*
Es evidente que el hombre no nació para vivir en el mar; luego no debe haber marineros.

Es evidente que el hombre no nació para vivir sepultado en las entrañas de la tierra; luego no debe haber mineros.

Es evidente que el hombre no nació para el celibato, para el aislamiento; luego no debe haber clérigos ni frailes.

*
Todos los perros son vivientes; luego todos los vivientes son perros.

Todo lo moral es útil; luego todo lo útil es moral.

*
A mí me gusta la leche, pero no la leche blanca.

A mí me gusta la obediencia, pero no la obediencia pasiva.

*
Estos carneros son muy buenos, pero el rebaño que forman es malísimo.

Los jesuitas, personalmente, son muy buenos; pero la Compañía de Jesús es malísima.

*
Sin embargo de que la mayor parte de las aves vuelan, las que vuelan no pueden ser aves.

Sin embargo de que la mayor parte de las repúblicas son católicas, *el que es católico no puede ser republicano.*

*
Algunos dicen que un río debe pasarse en barca, y otros [que á nado. Cuando llega el momento de pasarlo, los que dicen que debe pasarse en barca lo pasan en barca; y los que dicen que debe pasarse á nado lo pasan en barca. ¿Quién tendrá razón?

Los católicos dicen que su religión es verdadera, los espíritus fuertes que es falsa. En el momento de la muerte los católicos piden sacramentos y hacen profesión de su fe; los espíritus fuertes piden sacramentos y abjuran de su filosofía. ¿Quién tendrá razón?

*
Juan Lanas dice que es hombre, pero niega que es varón. No puede ver el pan, pero se perece por las tortas.

Los espíritus fuertes encuentran muy natural, muy puesto en razón el respeto á los retratos de los hombres ilustres; pero les parece absurdo el culto de las imágenes.

Les gusta que se enseñe la moral por medio de la tribuna, pero llevan muy á mal que se predique el Evangelio.

Dicen que en nuestro siglo todo se hace, y debe hacerse, por medio de asociaciones; pero no quieren asociaciones religiosas.

Dicen que son católicos, apostólicos, pero no romanos. Escriben contra el libre albedrío, y sancionan la libertad del pensamiento.

Creen que toda sociedad debe tener el derecho de expulsar á sus miembros cuando no llenan sus deberes; pero les parece inconcebible la excomunión.

Niegan que Dios interviene en las cosas de la tierra, é invocan á la Providencia en sus proclamas.

No quieren que se le rece á Dios, y escriben cantos al Sér Supremo.

No creen en la Eucaristía, y van á oír misa.

*
Don Cándido dice que el arsénico es el mejor alimento, y el pan un veneno funestísimo; pero cree que al pueblo, á las mujeres, á los niños, es preciso darles pan; y alimenta con pan á su propio hijo.

Críspulo dice que la filosofía racionalista es la única verdadera, y que el catolicismo es retrógrado, fanático, ab-

surdo; pero cree que al pueblo, á las mujeres, á los niños, es preciso enseñarles la religión católica; y le enseña el catolicismo á su propio hijo.

Los gatos dicen: "No es justo que los pobres ratones habiten en cuevas oscuras y estrechas, privados de la luz del sol; mejor sería que vinieran á vivir, como nosotros, en medio de una familia cristiana, que satisface todas nuestras necesidades."

¿Quién puede dudar de la buena fe con que los gatos se interesan por los ratones?

Los enemigos del catolicismo, los que han perseguido al clero, los que le han robado sus bienes, dicen: "Para que el clero se moralice, para que ocupe la alta posición que le corresponde en la sociedad, es necesario abolir el celibato eclesiástico."

¿Quién puede dudar de la buena fe con que los incrédulos se interesan por la prosperidad del clero?

Vespasiano tiene en su estudio el retrato de Ninón; y en un primoroso relicario una flor cogida en la tumba de Eloísa y Abelardo.

El mismo Vespasiano se admira de que yo tenga en mi cuarto el retrato de San Vicente de Paúl y un relicario que contiene el *lignum crucis*.

A Blas le parece sublime la rehabilitación de las Tra-
vi atas por medio del amor humano.

El mismo Blas califica de ridícula la rehabilitación de las Magdalenas por medio del amor divino.

Los filántropos han inventado las penitenciarías para corregir y rehabilitar á los culpables por medio del aislamiento.

Los filántropos se indignan de que el hombre culpado se aisle voluntariamente en los conventos para corregirse y rehabilitarse.

Juan Jacobo Rousseau se muestra en sus escritos tan filántropo como San Vicente de Paúl; pero entre estos dos personajes hay una pequeña diferencia: Rousseau botó sus hijos al hospicio; San Vicente fundó hospicios para recoger niños expósitos.

Los comunistas católicos reparten sus propios bienes entre los pobres; los comunistas filósofos quieren repartirse los ajenos.

Cuando un patán duda de la existencia de su cuerpo, ó de la distinción del bien y el mal, ó cuando afirma que hay efecto sin causa, se dice que está demente, que no tiene sentido común.

Cuando estas mismas cosas las escribe en un libro un espíritu fuerte, se le llama filósofo.

Juan Lanas opina que los muebles no son obra de los carpinteros sino de la carpintería.

Los ateos dicen que las obras naturales no son hechas por Dios sino por la naturaleza.

Los protestantes creen que todas las madres de los hombres ilustres ó virtuosos deben mirarse con veneración, y que sus retratos deben conservarse con respeto. De esta re-

gla exceptúan á una sola madre: ¡A LA MADRE DEL HOMBRE-DIOS!

Si queréis que un protestante os quede eternamente agradecido, regaladle un botón hallado en el campo de Waterloo, una firma de Bolívar, una hilacha del vestido de Washington; pero no vayáis á ofrecerle una astilla de la cruz en que expiró Cristo, porque se creará mortalmente ofendido.

Juan Lanas conserva respetuosamente las cartas de su difunto padre; pero cree que lo ofende si hace lo mismo con sus retratos, y por eso los quema.

Los protestantes veneran la Biblia y queman las imágenes.

Las madres que les prohíben á sus hijos los venenos desconfían de la ciencia: todo veneno tiene su contraveneno.

La Iglesia, que prohíbe los malos libros, desconfía de la Religión: un libro malo se contesta con uno bueno.

Si alguno hablara del triángulo de cuatro lados, todo el mundo creería que se chanceaba ó estaba loco.

Mr. Renán (miembro de la Academia Francesa) habla muy seriamente de *los bellos errores de Jesús*.

Un babioca leyó en la historia de Colombia el pasaje de Ricaurte en San Mateo; y después de reflexionar largo tiempo, exclamó: "Parece que en San Mateo ocurrió algo que fue tenido por explosión."

Mr. Renán (célebre orientalista) leyó en el Evangelio el pasaje de la resurrección de Lázaro, y dice en su libro

La Vida de Jesús: "Discurrimos que en Bethania ocurrió algo que fue tenido por resurrección." (Página 369).

—Te prohibí, hijo mío, que tocaras mi mesa de escribir, y con el cortaplumas has hecho pedazos la tabla.

—Sí, papá, pero la tabla no es la mesa.

—Y también le has roto una pata.

—Cierto, pero la pata no es la mesa.

—Usted, señor don Cándido, no es católico porque no cree en la Eucaristía.

—Pero la Eucaristía no es el catolicismo.

—Tampoco cree usted en la autoridad del Papa.

—Cierto, pero la autoridad del Papa no es el catolicismo.

Dicen que el señor de H... es un profundo matemático, y eso no es cierto, porque ha compuesto unos malos versos.

Dicen que el Papa es infalible cuando decide en materia de dogma ó de moral, y eso no es cierto, porque se ha equivocado en otras materias.

Los que no creen el credo al derecho tienen que creerlo al revés; por huír de los misterios caen en absurdos; así es que si, por ejemplo, no admiten un Dios Creador, tienen que admitir la Nada creadora; si no confiesan el pecado original, tienen que creer que Dios es el autor del mal.

Un catedrático de álgebra y un juez cambiaron sus destinos. El catedrático, cuando le presentaban testigos para comprobar algún delito, decía: "Yo no admito esa prueba, demostradme el hecho por medio de una ecuación." El juez, por su parte, cuando sus alumnos trataban de despejar una incógnita, les decía: "Todo eso no vale nada, buscad más bien tres testigos contestes."

Los que le exigen á la Religión un género de pruebas que no le pertenece, proceden tan lógicamente como el algebrista y el juez.

*
El mentir de las estrellas
Es un seguro mentir,
Porque ninguno ha de ir
A preguntárselo á ellas.

El que escribió esta copla era un despreocupado en materia de astronomía; y por cierto que para hacerla no necesitó mucha ciencia ni gran talento. Para responderla sería preciso manifestar la exactitud de los cálculos astronómicos, lo cual supone diez años de estudio y escribir un grueso volumen.

Un despreocupado en materia de religión escribe: *San Pedro no estuvo en Roma*; lo cual no requiere mucha ciencia ni gran talento. Para responder á estas seis palabras se necesita hacer serios estudios y escribir un volumen; y esto consiste en que hacer objeciones contra una ciencia es la cosa más fácil del mundo, y responderlas muy difícil.

El señor de Rocafuerte, famoso volteriano, cuando encuentra tres velas encendidas, dice: "Hay quien opine que esto es de mal agüero; y aunque yo esté muy lejos de creerlo, apaguemos una, que nada se pierde."

Cuando hay trece sentados á la mesa, el mismo señor se levanta y dice: "Aunque yo no creo en agüeros, mejor es aguardarme á la segunda mesa; nada se pierde."

El género humano dice que hay infierno; ¿no fuera bueno que el señor de Rocafuerte procurara evitar caer en él? Nada se pierde.

La dieta en los enfermos es contraria á la naturaleza: Dios hizo todos los manjares para que gozáramos de ellos.

La mortificación cristiana es contraria á la naturaleza: Dios hizo todos los placeres para que disfrutáramos de ellos.

—¿Con que usted es partidario de la disolubilidad del matrimonio?

—¡Sin duda! Y si logro ir al Congreso quedará establecida.

—Si la madre de usted fuera arrojada del hogar doméstico, y otra mujer fuera á ocupar su puesto, ¿qué haría usted?

—No sé lo que haría. Hay desgracias tan horribles que no puede uno ni imaginárselas.

—Lo que usted no quiere ni imaginarlo para su madre y para sí, no debe quererlo para ninguna madre ni para ningún hijo.

—Es que la cuestión en abstracto....

—Estas cuestiones no deben estudiarse en teoría, deben traerse siempre al terreno de la práctica.

—¿Es usted profesor de aritmética moral?

—Servidor de usted.

—Quería hacerle á usted una consulta.

—Hágala usted sin empacho.

—Ayer blasfemé de Dios para que me alabaran algunos libertinos, lo cual me produjo un placer así... tal cual; pero hoy he sentido cierto escozor en la conciencia.... Quisiera saber si mi acción es buena ó mala.

—¡Hombre de Dios! eso es más claro que la luz del sol. El minuendo es el placer, el sustraendo el escozor; haga usted la resta.

—¿Cuántas dice usted que son dos y dos?

—Claro está: son cuatro.

—Yo digo que son seis.

—Es un disparate.

—¿Cómo se atreve usted á contradecirme siendo partidario de la *tolerancia absoluta*?

—La tolerancia no consiste en aceptar el error sino en respetar al que lo profesa.

—Y si alguno tuviera el error de intentar seducir á una de las hijas de usted, ¿qué haría?

—Le rompería la crisma.

—¿Y el respeto á las personas?

—Ese respeto debe tenerse solamente cuando sus errores son inofensivos.

—Ya veo que la tolerancia de usted no es tan *absoluta* como yo creía.

—Yo me glorío de haber contribuído á conceder la libertad del pensamiento.

—Pues se gloria usted de una pamplina, porque la libertad del pensamiento no puede prohibirla nadie.

—La libertad del pensamiento quiere decir: libertad de la palabra.

—Entonces hicieron ustedes mal en cambiarle el nombre. Permítame usted que le haga esta pregunta: ¿Si un insolente calumnia é insulta pública y cruelmente á la esposa de usted, qué hará?

—Le daré un pistoletazo.

—¡Un pistoletazo por una acción tan inocente!

—Esa no es acción inocente: es una villanía, una infamia.

—Si la acción es tan culpable, mejor sería que la castigara un juez imparcial, y no usted, que es partidario de la abolición de la pena de muerte, imponiendo un castigo que considera excesivo aun para el incendiario, aun para el parricida.

Los comunistas que dicen: “La propiedad es un robo,” deberían haber añadido: “La humildad es una soberbia, la largueza una avaricia, la castidad una lujuria.”

—Yo creo que cuando un reo está sinceramente arrepentido de su delito, y procura repararlo haciendo buenas acciones, debe rebajársele una parte de la pena que se le ha impuesto.

—Me alegro mucho de que usted, á pesar de ser espíritu fuerte, esté de acuerdo con la Iglesia católica en el dogma de las indulgencias.

—Es necesario establecer la soberanía absoluta de la mujer.

—¿Cómo entiende usted esa soberanía?

—Es claro: las mujeres deben tener los mismos derechos que el hombre.

—Si se les conceden los mismos derechos, justo es que se les impongan los mismos deberes.

—Por supuesto.

—¿Permitirá usted que su hija Margarita, que es joven y linda, vaya al cuartel á formar parte de la guardia nacional?

—¡Imposible!

—¿Permitirá usted que su esposa, cuando está en cinta, vaya con Margarita á tomar parte en unas elecciones borrascosas, ó á mandar un batallón si la nombran coronela cuando la patria esté en peligro?

—¡Qué disparate!

—Entonces se opone usted á que su esposa y su hija ejerzan el más importante de sus derechos, y cumplan el más sagrado de sus deberes.

Mil testigos tienen vivo interés en negar un hecho, y sin embargo todos lo confiesan unánimemente. ¿Será verdadero ó falso?

Todos los hombres tienen un vivo interés en negar el infierno, porque es el dogma que les inspira más temor,

porque es el más contrario á sus pasiones ; y sin embargo, éste es uno de los dogmas más universales. Lo confiesan los católicos, los griegos cismáticos, los protestantes, los mahometanos, los idólatras; en fin, es un dogma que pertenece á todas las religiones antiguas y modernas. ¿Será verdadero ó falso?

—¿Son posibles los milagros?

“Esta cuestión, tratada seriamente, sería impía si no fuese absurda; castigar á quien la resolviese negativamente sería hacerle mucho honor; bastaría encerrarle. ¿Quién ha negado jamás que puede Dios hacer milagros? Sería preciso ser hebreo para preguntar si podría Dios preparar mesas en el desierto.”

—¿Qué le parece á usted esta respuesta?

—Un poco intolerante.

—Pues no es más sino de Juan Jacobo Rousseau en sus *Cartas de la Montaña*, edición de 1793, tomo XIII, página 104.

—No hay derecho de imponer la pena de muerte.

—¿Por qué razón?

—Porque Dios dice en la Biblia: *No matarás*.

—Cuando usted me cita la Biblia, será porque cree en su autoridad.

—Indudablemente.

—Pues bien, abrámosla. En el capítulo XX del Exodo, versículo 13, dice: No matarás. Vuelva usted la hoja y lea los versículos 12, 14, 16, 17 del capítulo siguiente. ¿Qué dicen?

—Impone Dios en ellos la pena de muerte por diferentes delitos.

—Ya ve usted que al promulgar el quinto mandamiento no quiso Dios quitarle á la autoridad legítima el derecho de imponer la pena capital.

Don Pánfilo, el pedagogo, premia anualmente con una medalla de oro á los alumnos que se distinguen por su grande aplicación y que observan una conducta perfectamente irreprochable; y á los que son desaplicados y tienen un comportamiento pésimo, les concede la misma medalla.

Hay algunos *despreocupados* que creen en la inmortalidad del alma, y niegan el infierno y el purgatorio; es decir, afirman que no hay para los malos penas eternas ni penas temporales; que Nerón y San Juan de Dios han tenido la misma recompensa: en suma, se han forjado un Dios tan sabio y tan justo como don Pánfilo.

A nadie se le ha ocurrido que pueda haber nación sin gobierno, ejército sin general, congreso sin presidente, navío sin capitán, hombre sin cabeza.

Muchos *filósofos* pretenden que la Iglesia católica, que cuenta en su seno doscientos millones de hombres esparcidos por todo el mundo, puede subsistir sin jefe que la gobierne.

—Yo no creo absolutamente en el principio de autoridad.

—¿Cree usted que el sol es mucho más grande que la tierra?

—Por supuesto.

—¿Ha hecho usted los cálculos que se necesitan para averiguarlo?

—No, porque no sé astronomía, pero todos los astrónomos convienen en ello y eso me basta.

—Es decir que hay casos en que, sin saberlo, acepta usted el principio de autoridad.

“¿Cuántas restituciones y reparaciones produce la confesión entre los católicos!”

“La confesión puede considerarse como el mayor freno de los crímenes secretos; es muy buena para obligar á los corazones más enconados á perdonar; para hacer devolver á los ladrones lo que hayan robado al prójimo.”

—Eso dicen ustedes los beatos.

—No, señor; esas dos frases no son más; la primera es de Rousseau (*Emilio*, libro IV, página 58), y la segunda de Voltaire (*Diccionario filosófico*, artículo *Catecismo del Cura*).

“Voltaire contestaba con dolor profundo á aquel oficioso amigo que se jactaba de haber encontrado al fin la prueba de la no existencia del infierno: *Sois en verdad muy feliz; yo estoy muy lejos de haberla hallado.*”—(NICOLÁS, *Estudios filosóficos*, tomo II, página 104).

—Cuando uno de mis hijos comete una falta, y la confiesa sinceramente, y conozco que está arrepentido de ella, se la perdono al momento; pero si se obstina en callarla, ó si no se da señales de arrepentimiento, entonces lo castigo inexorablemente.

—Usted es enemigo de la confesión, y sin embargo ha establecido en su familia lo mismo que Nuestro Señor Jesucristo estableció en su Iglesia.

Es verdad que yo no voy nunca al cuartel, que no visto uniforme, que no conozco el manejo del fusil, que no les obedezco á los jefes, que les tengo horror á las batallas; pero soy tan buen soldado como el que más.

Es cierto que yo nunca me confieso, ni comulgo, ni oigo misa, ni soy partidario de la autoridad del Papa; pero soy tan católico como el que más.

—Los hombres que arrostran la muerte por sostener sus convicciones, me han inspirado siempre una profunda veneración.

—Y sin embargo, ayer se burlaba usted de los diez y ocho millones de mártires cristianos que han muerto entre atroces tormentos por sostener las suyas.

El rico que le roba á un mendigo el único mendrugito de pan que ha recogido para alimentar á sus hijos hambrientos, es un ladrón infame.

El que le roba al pueblo la religión, que es su única esperanza, su único consuelo, la única esperanza, la única herencia que puede legarles á sus hijos, se llama un *filántropo despreocupado*.

Un labrador, que se prepara á trabajar en su campo, dice: Dios sabe si el trigo que voy á sembrar dará cosecha ó nó; si ha previsto que no dará cosecha, es inútil sembrarlo; y si ha previsto que dará cosecha, la tendré aunque no lo siembre. En virtud de este raciocinio, el labrador se entrega á la ociosidad.

Un muchacho, trepado en la cima de una alta torre, dice: Dios sabe si he de morir en este momento ó nó; si ha previsto he de morir, nada pierdo en arrojarme desde esta torre; y si ha previsto que no he de morir, no moriré aunque me arroje. En virtud de este raciocinio, el muchacho se arroja de cabeza.

Un necio dice: Dios sabe si me he de condenar ó nó; si ha previsto que me he de condenar, nada pierdo en entregarme al vicio; y si ha previsto que me he de salvar, me salvaré aunque me entregue á él. En virtud de este raciocinio el necio desenfrena todas sus pasiones.

Blas ve con antejo, á larga distancia, un niño que va á pasar un río sobre una frágil caña, y dice: “Ese niño va

á ahogarse." En efecto, cae en el río y se ahoga. La madre del niño reconviene á Blas porque tuvo parte en su desgracia, y él le responde: "Ver ó prever un suceso no es tomar parte en él."

—Pero, ¿por qué no lo impidió usted?

—Porque no podía hacerlo estando á tanta distancia.

Un insensato osó decir que Dios había tenido parte en sus faltas, porque las había previsto; yo le respondí: "Ver ó prever un suceso no es tomar parte en él."

—Pero, ¿por qué no me impidió Dios que pecara?

—Porque no podía hacerlo sin quitarle á usted la libertad que le ha dado á la especie humana, sin convertirlo en máquina.

—Este medicamento que el doctor C*** le ha prescrito al hijo de usted no me gusta; ¿sabe usted por qué razón lo ha recetado?

—No puedo responder esa pregunta porque no sé nada de medicina; pero respeto mucho la ciencia del doctor C*** y tengo plena confianza en él; por eso he resuelto que mi hijo tome el medicamento.

—Hace poco que usted blasfemaba de la Providencia y le pedía cuenta de sus designios. ¿No pudiera usted tener en la SABIDURÍA INFINITA de Dios tanta confianza, siquiera como tiene en la ciencia del doctor C***?

El Estado no tiene rentas, no las puede tener, no las debe tener. El Estado no come, no bebe, no se viste. Y si no, yo quisiera que el lector tuviese la bondad de decirme: ¿qué sastre le hace los calzones al Estado que se llama Francia?

El Estado no tiene idioma propio, no lo puede tener, no lo debe tener. El Estado no habla, no escribe, no can-

ta. Y si no, yo quisiera que el lector tuviese la bondad de decirme: ¿hay alguna carta escrita por el Estado que se llama Inglaterra?

El señor Castelar dijo, con grandes aplausos, en las Cortes constituyentes:

"El Estado no tiene religión, no la puede tener, no la debe tener. El Estado no se confiesa, el Estado no comulga, el Estado no se muere. Y si no, yo quisiera que el señor Manterola tuviera la bondad de decirme: ¿en qué sitio del Valle de Josafat va á estar el día del juicio el alma del Estado que se llama España?"—(*Correo de Ultramar*).

Juan quiere cortar el árbol que está cerca de su cabaña, pero conservando la sombra que produce.

Algunos filósofos modernos se empeñan en destruir los dogmas del cristianismo, conservando su moral.

Para complacerlos sería preciso enseñar así á los niños: "Hijos míos, Dios no existe, pero es necesario adorarlo, Jesucristo fue un impostor, pero es preciso obedecerle é imitarle; renunciad por amor de vuestro prójimo á las riquezas, á los honores, y no recibiréis ninguna recompensa."

Don Cosme, el erudito, no ha tenido tiempo de estudiar cosmografía, pero sabe de memoria el siguiente retazo, que aprendió en un viejo pergamino que trata de astrología: "Los que nacen debajo del dominio de la luna son blancos, tirantes algo á rubio, el rostro redondo, algo pálido y hermoso, los ojos medianos, no del todo negros ni con mucha vista; las entrecejas juntas de pelos, con algunas pecas ó pintas en el rostro."

Y lo gracioso es que el señor don Cosme cita muy formalmente este pasaje, siempre que se entabla una discusión astronómica.

Don Euclides, el despreocupado, no ha tenido tiempo de estudiar la historia eclesiástica ; pero ha aprendido muy bien los hechos siguientes, que le enseñaron en un corrillo de estudiantes: "Hubo una papisa que se llamaba Juana; un concilio declaró que las mujeres no tienen alma."

Y lo gracioso es que el señor don Euclides, para lucir su erudición histórica, cita formalmente estos hechos siempre que se entabla una discusión teológica.

Poesías de Carrasquilla

NO INCLUIDAS EN LA COLECCIÓN DE SUS VERSOS

A PILAR

(Con motivo de haber contribuido á la
conversión de una señora protestante)

Son tus razones, Pilar,
Razones de mucho peso,
Sin embargo no es por eso
Que logras catequizar.

Tu fe, tu santo deseo
Chispean en tu mirada,
Y dice el alma extraviada
Cuando la miras : yo creo.

Más convincentes á ratos
Son los argumentos míos,
Y calan en los ímpíos
Menos que el agua en los patos.